AÑO XXIII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Núm. 5.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Nube-capelina á punto de aguja.—Peinado para señorita ó señora jóven.—Trage al crochet, para niña de 3 á 5 años.—Capelina de red.—Corbata Elvira.—Cófia de tul de blonda.—Cófia de tul.—Cófia de muselina.—Bata.—Peinador.—Las mujeres de nuestro siglo.—Explicacion del grabado de modas.—En la inauguracion de la estatua de Murillo.—La felicidad de la riqueza.—Revista de Cádiz.—Figurin iluminado.—Geroglífico.

Nube-capelina á punto de aguja.

MATERIALES.—140 gramos de lana céfiro blanca; 50 de la misma lana negra; agujas del n. 3.

Entre los muchos modelos de capelinas que surgen todos los dias, ninguno hay que pueda rivalizar con este, así por su gracia como por los servicios que presta, preservando tanto la cabeza como el busto.

Forma sobre la cabeza una punta delante y otra detrás; en todo lo demás es recta, y se labra á lo largo con puntos poco apretados.

Se toma lana negra; se arman 292 puntos, sobre los que se vuelve haciendo la 1.ª vuelta lisa y al derecho; en seguida se cuentan los 30 puntos de *en medio*, y en las vueltas 2, 4, 6 y 8 *se crece* un punto por cada lado de estos 30. Este crecido debe distribuirse de modo que nunca se coloque encima del mismo punto, y se separe algunos del crecido que le precede. La vuelta 11 es de dibujos; se hace sin crecido, con lana blanca, del modo siguiente: * menguado,— 1 echado. Vuélvase á empezar desde *.

12 *vuelta*.—Lana blanca.—Lisa y al derecho; cada echado se hace como un punto.

13 á 18 *vuelta*.—Al derecho con lana *negra*; pero en vez de crecer por cada lado de los 30 puntos, se mengua tres veces seguidas un punto de cada vez, en la proporcion indicada para el crecido.

19 y 20 *vueltas*.—Como las 11 y 12.

21 á 26 *vueltas*.—Al derecho con la lana negra, y en las vueltas 23 y 25 *se mengua*, haciendo en cada vuelta 2 puntos juntos de cada lado de los 2 del medio. — Las vueltas 27 y 28 son tambien al derecho, pero con la lana blanca, y en la 27 se toman *juntos* los 2 puntos del medio. Las vueltas 29 y 30 se hacen con la lana negra al derecho, y en cada una de ellas se hacen 2 puntos en uno de cada lado de los 3 del medio. Las vueltas 31 y 32 *se hacen* con lana blanca; las 33 y 34 con lana negra; en la 35 *vuelta*.—* 1 punto al derecho, — 1 echado,— menguado. Vuélvase desde *.

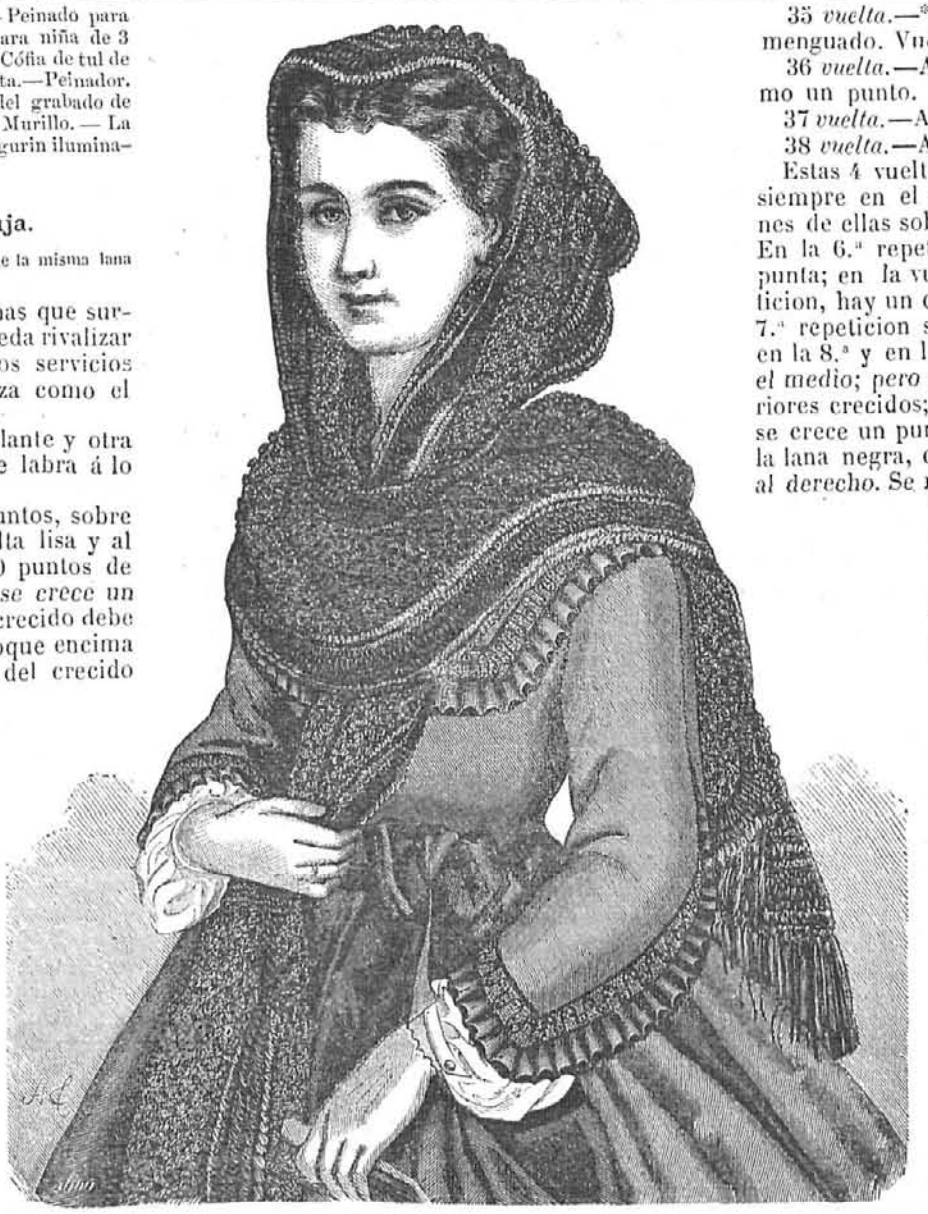
36 *vuelta*.—Al derecho; cada echado se hace como un punto.

37 *vuelta*.—Al derecho.

38 *vuelta*.—Al revés.

Estas 4 vueltas forman el dibujo, y se las repite siempre en el mismo órden; se hacen 5 repeticiones de ellas sobre el mismo número de puntos.—En la 6.ª repeticion comienza el crecido para la punta; en la vuelta 3 (al derecho) de esta 6.ª repeticion, hay un crecido en el medio de ella. En la 7.ª repeticion se crece del mismo modo un punto; en la 8.ª y en la 9.ª se crecen 2 puntos, siempre en el medio; *pero no exactamente encima de los anteriores crecidos*; en la vuelta 2 de la 10.ª repeticion se crece un punto; despues de esta vuelta se toma la lana negra, con la cual se hacen 2 vueltas lisas *al derecho*. Se repite en seguida en sentido opuesto la orla por la que se ha comenzado esta explicacion; se hacen por consiguiente, siempre al derecho, dos vueltas blancas,—2 negras, — otras 2 blancas, y en cada 2.ª vuelta del mismo color se crece 1 punto, alternativamente á derecha y á izquierda de los 3 del medio. Vienen luego 6 vueltas negras, al derecho; solo la vuelta 4.ª de estas tiene un crecido en el medio. — De las dos blancas que vienen despues se hace la primera del modo siguiente: * 1 echado—menguado. Vuélvase siempre desde *. La que sigue es lisa, al derecho; se hacen luego 6 lisas al *derecho con lana negra*. En la segunda y en la cuarta de estas vueltas se crece de cada vez 1 punto en el medio. Hay luego 2 vueltas blancas como las últimas. Desde este momento se mengua regularmente en cada segunda vuelta, haciendo alternativamente una vez 3 y otra 2 puntos en el medio; así se labran 12 vueltas negras, — se toma la lana blanca;—se mengua del mismo modo otras tres veces y luego se trabaja sobre el mismo número de puntos hasta que se tengan 30 vueltas blancas en todo; se hace otra negra, y se desmonta, cuidando de dar á esta última vuelta el mismo largo que á la primera.

Los dos lados largos de la labor *se cosen uno* con otro, y se hace de modo que la parte hecha á



NUBE-CAPELINA Á PUNTO DE AGUJA.

© Biblioteca Nacional de España

PEINADO PARA SEÑORITA, Ó PARA SEÑORA JÓVEN.

punto de diamante forme lo de encima de la nube. En los lados trasversales que quedan abiertos en cada extremo, se levantan los puntos de la parte de encima, y se completa la orla haciendo de ida y vuelta (siempre al derecho) 2 vueltas negras, —dos blancas,—otras 2 negras,—2 blancas,—6 negras,—vienen en seguida 2 blancas, la primera de las cuales se hace así: * menguado, —1 echado: vuélvase desde *, mientras que la segunda es lisa y al derecho, —otras 6 vueltas negras, —las 2 blancas que acaban de explicarse,—10 negras, luego se desmonta flojo. Esta última vuelta se cose con el otro lado trasversal de la nube, que así queda cerrada. En cada extremo se ata una borla blanca y negra, compuesta de 8 á 10 hebras de lana, cada una de 12 centímetros de largo.

TABLA DE PUNTOS PARA EL TRÁGE DE NIÑA.

Peinado para señorita ó para señora jóven.

Para ejecutar este peinado se divide el cabello de detrás en dos partes iguales que se trenzan junto á cada oreja; estas trenzas se disponen en corona sobre la nuca; se toman en seguida dos trenzas gemelas, con las que se hace otra trenza floja, á fin de formar una diadema; se vuelven á trenzar aquellas por cada lado, y se dispone el cabello como lo indica el dibujo, esto es, en bandós levantados, pasando por cima de la diadema. Una especie de broche de flores, compuesto de una rosa rodeada de ramas de lirios de los valles se coloca sobre la castaña.

Trage al crochet para niña de 3 á 5 años.

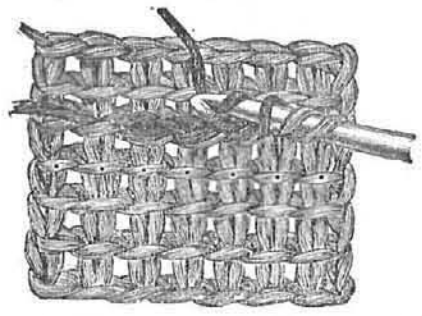
MATERIALES.—160 gramos de lana céfiro color de pensamiento; 115 de la misma lana blanca; 20 de la misma lana negra; 3 crochets de los números 5, 6 y 7.

La enagua, el cinturon y los tirantes se hacen con la lana *pensamiento*, y se adornan con un bordado de greca; el corpiño y las mangas largas son de lana blanca, con orla pensamiento y negra.

ENAGUA.—Se toma el crochet n.° 5, la lana pensamiento, y se hace una cadeneta de 274 puntos, sin crecer ni menguar; se ejecutan 54 vueltas al crochet tunecino comun; despues de la última se hace un compuesto de puntos sencillos, luego se doblan estas dos últimas vueltas hácia adentro como si se quisiera hacer un dobladillo, y se hacen alternativamente con lana negra un punto en el aire y uno sencillo; para este último se pica el crochet por baja del dobladillo, y con el punto sencillo se pasa por cima de 2 puntos del crochet tunecino. A la distancia de una vuelta de este borde se ejecuta con lana negra la triple greca; un dibujo se consagra á la ejecucion de esta orla, para la cual se levanta sobre el crochet el lado de encima de los puntos de una vuelta, luego se los desmonta de izquierda á derecha, empleando lana negra. Esta parte que se levanta sobre el crochet, se indica en el dibujo por una fila de puntos negros; tambien consagramos á esta orla un dibujo de tapicería, en el que cada cuadro representa un punto del crochet tunecino. Despues de terminada la orla, se cosen los dos lados de la enagua uno con otro, dejando una abertura de 14 centímetros, despues se pliega el lado de arriba, que es por donde se ha comenzado la labor.

CINTURON.—Nuestro modelo tiene 45 centímetros de largo; se le hace atravesado, con el crochet del n.° 7; se toma lana pensamiento, se forma una cadeneta de 10 puntos, y se trabaja al crochet tunecino comun. El cinturon se rodea con puntos en líneas rectas, hechos con lana negra, como se explicó para la orla de la enagua; luego se le hace en el medio la greca sencilla, que se compone de cinco puntos de arriba abajo y de 4 horizontales, hechos alternativamente. Terminado el cinturon se cose con lana pensamiento á la enagua ya fruncida y se le ponen botones ó corchetes.

TIRANTES. —Se hacen atravesados, con el crochet del n.° 6 y la lana pensamiento, conformándose á la *tabla de los puntos* de los tirantes (véase el dibujo que representa al mismo tiempo la orla-greca). Esta tabla de puntos representa la mitad del tirante abierto sobre el hombro, y cuyos dos lados (espalda y delantero) son iguales. Se principia por el lado mas estrecho, haciendo una cadeneta de 10 puntos, y solo en uno de los lados se crece. Cuando se ha hecho la mitad del tirante con arreglo á la tabla de los puntos, se principia el otro lado sin cortar la lana, haciendo una cadeneta de 16 puntos, y principiando esta vez el dibujo por el lado mas ancho. —Se ejecuta la guarnicion y greca con lana negra, siguiendo la explicacion dada arriba. Estos tirantes se pegan debajo del cinturon.

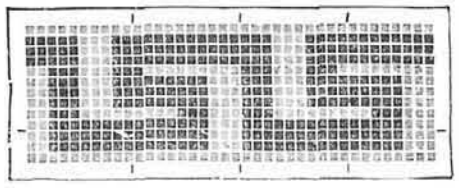


EJECUCION DEL BORDADO PARA EL TRAGE DE NIÑA.

CORPIÑO BLANCO. — Lana blanca, crochet del n.° 6. Se hace una cadeneta de 180 puntos (ancho del borde inferior) y se forman 21 vueltas al crochet tunecino comun. Se dividen los puntos del modo siguiente: 40 en cada extremo para los dos delanteros; los 12 que siguen para la sisa; los 76 del medio para la espalda.

DELANTERO DE LA DERECHA.—Se hacen doce vueltas sobre los primeros 40 puntos de la 21; en la vuelta 13 se menguan 6 puntos haciendo 6 puntos-cadenetas sobre los 6 primeros puntos de la vuelta anterior; en la 14 se mengua 1 punto, desmontando los dos últimos de la 2.ª fila de una sola vez, como un solo punto. De la 15 á la 17 vueltas no se crece ni se mengua.

ESPALDA.—Se ejecutan 11 vueltas sobre los 76 puntos del medio. Para formar la abertura del cuello se dejan los 10 puntos del centro libres, y sobre los 33 que se hallan á cada lado de estos 10 se hacen 5 vueltas, menguando cada vez un punto junto á la abertura del cuello, mientras el lado que corresponde á la sisa pertenece en línea recta.



DIBUJO DE LA ORLA PARA EL TRAJE DE NIÑA.

DELANTERO DE LA IZQUIERDA.—Se le hace igual al de la derecha, sobre los 40 últimos puntos, pero en sentido opuesto. Se fruncen en seguida delantero y espalda sobre el hombro, y se los reune por medio de unas tiritas por separado; para cada una de estas se hace, con lana blanca, una cadeneta de 23 puntos, sobre los que se labran 3 vueltas al crochet tunecino; en cada uno de los lados largos se hace una vuelta de puntos sencillos, alternando uno pensamiento y otro negro. Al juntar la espalda con los delanteros se han de dirigir los frunci dos principalmente hácia la sisa, mientras que al otro quedan casi planos.

CINTURON DEL CORPIÑO.—Lana blanca; crochet del n.° 7.—En el borde de la 1.ª vuelta del corpiño se hace una vuelta que lo frunce; esto se ejecuta del modo siguiente: se pasa la hebra en el primer punto como si se quisiera hacer uno sencillo, pero antes de terminarlo se pasa la hebra por el 4.° punto, luego con estos 3 bucles que se hallan en el crochet, se hace como si se terminase un punto solo. Se pasan 2 puntos del corpiño, se repite lo dicho, y así hasta el fin de la vuelta. Este borde, cuando está concluido, debe tener el mismo ancho poco mas ó menos que la pretina de la enagua. Para que no quede demasiado estrecho se pasa solo un punto, en vez de dos,

TRAGE AL CROCHET PARA NIÑA DE 3 A 5 AÑOS.

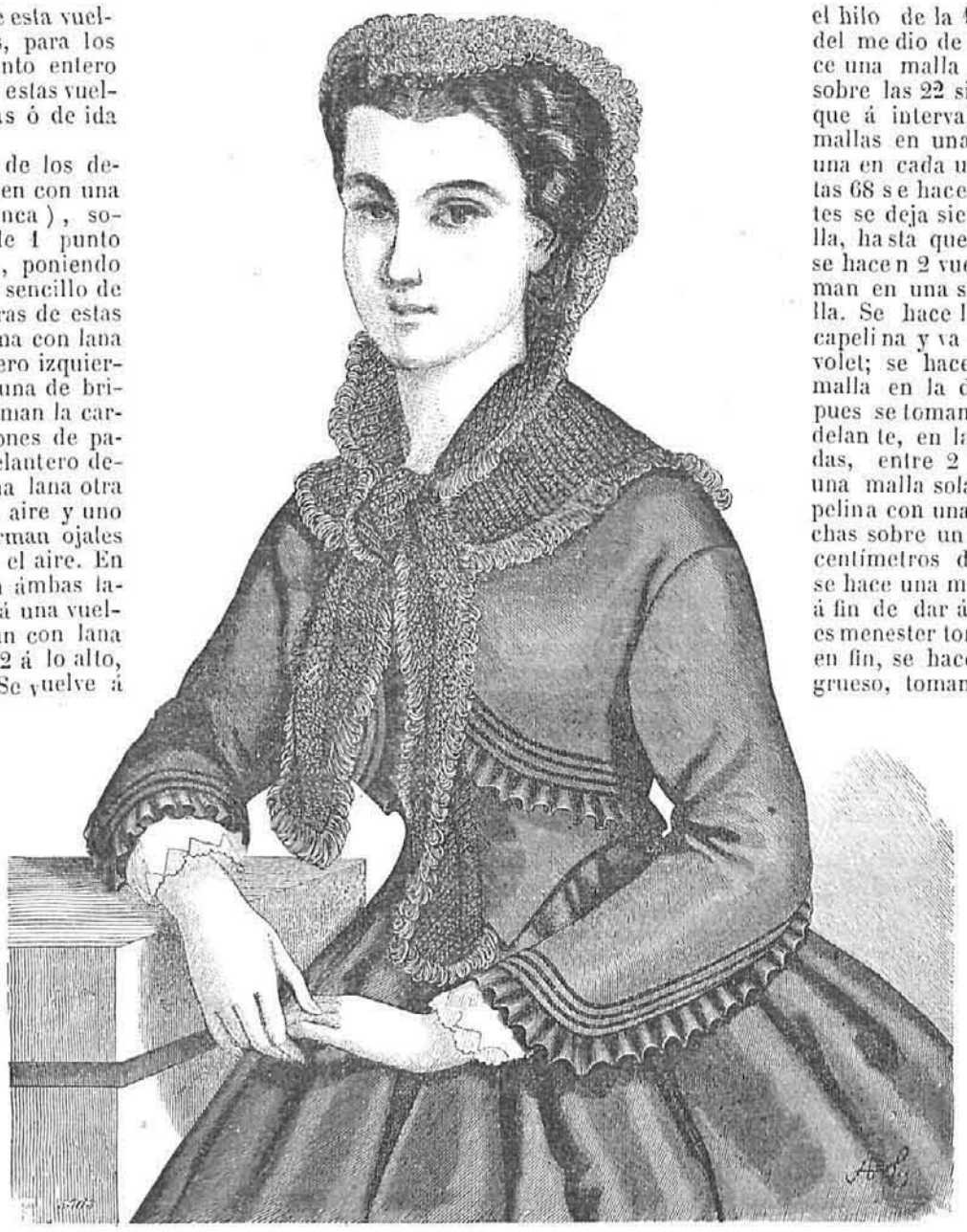
© Biblioteca Nacional de España

en varios sitios debajo del brazo. Sobre esta vuelta se hacen 4 ó 5 de puntos sencillos, para los que se pica el crochet debajo del punto entero de la vuelta anterior. Pueden hacerse estas vueltas, ó cortando la hebra al fin de ellas ó de ida y vuelta.

La abertura del cuello y el borde de los delanteros hasta el cinturon se guarnecen con una vuelta de puntos sencillos (lana blanca), sobre esta se hacen 3 compuestos de 1 punto en el aire y de 1 sencillo alternando, poniendo siempre el punto en el aire sobre el sencillo de la vuelta anterior. —Las dos primeras de estas vueltas son con lana negra, la última con lana pensamiento. En el borde del delantero izquierdo, además de las 4 vueltas, se hace una de bridas con la lana pensamiento, que forman la carterilla, sobre la que se ponen 5 botones de pasamanería blanca ó metal. En el delantero derecho se hace tambien con la misma lana otra vuelta, compuesta de 1 punto en el aire y uno sencillo alternados, y en esta se forman ojales compuesto cada uno de 3 puntos en el aire. En fin, en cada delantero se ejecuta con ámbas lanas un dibujo de greca de dos filas; á una vuelta de distancia del borde, se ejecutan con lana pensamiento 6 puntos á lo largo, —2 á lo alto, —2 á lo largo,—otros dos á lo alto. Se vuelve á repetir esto siempre, y se hace encima una segunda fila con lana negra. Para esta greca véase lo dicho en la enagua.

Para cada manga se hace una cadeneta de 58 puntos, sobre los que se vuelve haciendo la 1.ª vuelta sobre 20 puntos tan solo; antes de empezar la 2.ª, se hace una cadeneta de 5 puntos, y la vuelta se labra sobre estos 5 puntos, sobre los 20 y sobre 5 tomados de los que se dejaron; en todo 30, lo que aumenta la labor por cada lado en 5 puntos. Este crecido se repite en las vueltas siguientes; en las vueltas 3, 4 y 5 se crecen 5 puntos por cada lado; en las 6, 7 y 8, 6 puntos; —la 8 se compone de 96 puntos, y todos los que se dejaron se emplean ahora. Con este número se hacen 30 vueltas, luego se mengua en el mismo órden con que se ha crecido, hasta quedar en 20 puntos. Los lados trasversales de la manga se cosen uno con otro, y en la 1.ª vuelta, que representa su borde inferior, se trabaja como se ha dicho para el cinturon del corpiño, manteniendo el punto muy apretado, de modo que la abertura deje solo pasar la mano. El puño se compone, como el borde de los delanteros, de 2 vueltas negras (1 punto sencillo y otro en el aire alternando); —3 vueltas pensamiento, —2 negras,—1 blanca. El borde superior de la manga se frunce y se cose en la sisa, de modo que la costura de la manga se halle sobre el último punto del delantero del corpiño.

Este lindo vestido es susceptible de muchas modificaciones; en vez de lana negra puede emplearse felpilla negra, si se le quiere mas elegante; el corpiño al crochet puede remplazarse con un corpiño de cachemira blanca, bordar la greca, y en fin, llevar el cinturon y los tirantes sobre una enagua de lana.



CAPELINA A PUNTO DE RED.

Capelina de red.

MATERIALES.— 45 gramos de lana céfiro blanca; 2 moldes de red de diversos gruesos.

Esta graciosa capelina se compone de dos pedazos separados. Se toma un molde cuya circunferencia sea de centímetro y medio, y se arman 135 mallas atadas á un pedazo de hilo muy fuerte fijo en un cogin muy pesado. Se hacen 15 vueltas de ida y vuelta.

16 *vuelta*—Despues de las 52 primeras mallas se crece una, haciendo esta en la misma en que se acaba de hacer la 52; se crece otra malla otras ocho veces seguidas, dejando entre cada crecido un intervalo de 6 mallas; lo demás de la vuelta no lleva crecido.

17 y 18 *vueltas*.—En cada malla de la anterior vuelta se hace otra.

19 *vuelta*.—Lleva 8 crecidos, cada uno de una malla, en los intervalos de los de la vuelta 16.

20 *vuelta*.—Lisa, sin crecidos.

21 *vuelta*.—7 crecidos en los intervalos de los de la vuelta 19.

22 á 27 *vueltas*.—Lisas, sin crecido; luego se corta la lana para trabajar en un solo lado; es decir, que se cortará la hebra al fin de cada vuelta para volverla á atar en el sitio indicado.

28 *vuelta*.—Se la hace sobre las 67 mallas del medio de la anterior y se crece una 3 veces á intervalos iguales.

En las vueltas 29 y 30 se dejan en cada extremo 3 mallas libres; no contienen crecidos. Se labran 3 vueltas de ida y vuelta; la primera y la última malla de ellas debe ligarse siempre con la vuelta 27.

El bavolet y las barbas se han terminado; se saca el hilo de la 1.ª vuelta, y sobre las 41 mallas del medio de ella se forma la capelina. Se hace una malla en cada una de las 9 primeras; sobre las 22 siguientes se hacen 50, es decir, que á intervalos iguales se hacen 6 veces tres mallas en una,—16 veces 2 en una, —despues una en cada una de las 9 siguientes; sobre estas 68 se hacen 9 vueltas, luego en las siguientes se deja siempre la primera y la última malla, hasta que solo queden 13, sobre las cuales se hacen 2 vueltas, en cada una de estas se toman en una sola malla las 2 últimas de la orilla. Se hace luego una vuelta que orla toda la capelina y va á unirse con la que la liga al bavolet; se hace siempre dos veces seguidas una malla en la de la orilla que adelanta, y despues se toman las 2 siguientes en una sola; por delante, en la punta, se hace dos veces seguidas, entre 2 mallas de orilla tomadas juntas, una malla sola. En seguida se rodea toda la capelina con una vuelta de mallas sencillas, hechas sobre un molde que tenga á lo menos 4 centímetros de circunferencia. Generalmente se hace una malla en cada una de orilla; pero á fin de dar á la capelina una forma graciosa, es menester tomar aquí y allí 2 mallas á la vez; en fin, se hace otra vuelta sobre este molde grueso, tomando la lana doble. En el borde del bavolet y de las barbas, se hacen 4 nudos en cada malla; en los lados de la parte que cubre la cabeza, 5 nudos en cada malla; por delante 6 en cada una; en fin, encima de la frente 7 nudos.

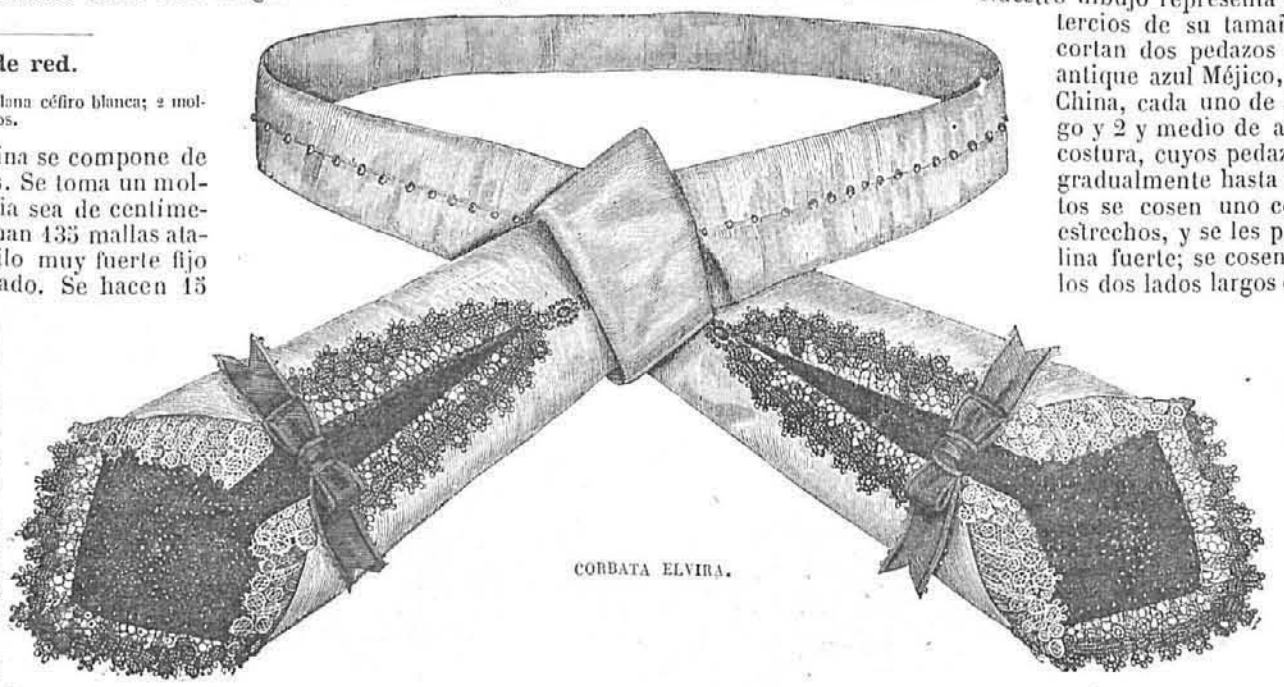
En la 4.ª vuelta de la parte que cubre la cabeza, contando desde la punta de delante, se ata la hebra, y se hace atravesando el fondo otra vuelta con lana sencilla sobre el molde grueso; se pasan siempre dos mallas; se ata el nudo en la 3.ª; se vuelve con la lana doble, y se forman buclecitos haciendo 7 nudos en cada malla.

La pequeña punta de la capelina comienza en la curva de delante. Se arman 9 mallas sobre el molde fino, y se trabaja de ida y vuelta del modo siguiente; en la penúltima malla de cada vuelta, se crece una haciendo dos nudos en ella; así se continúa hasta tener 33 mallas; luego se mengua en la misma proporcion, dejando siempre libre la última de cada vuelta, hasta que no haya sino 3 de aquellas; en el borde de delante, hasta el sitio en que se terminan los crecidos, se hace una malla en cada malla, empleando el molde grueso, despues se rodea la punta entera con una vuelta de buclecitos (lana doble y molde grueso) haciendo delante 6 nudos en cada malla, y detrás 4.

Las dos partes de la capelina se reunen en el borde del delantero, solo hasta el sitio en que comienza el menguado de la punta, en el medio por delante, hay 3 filas de buclecitos superpuestos, formando diadema.

Corbata Elvira.

Nuestro dibujo representa este modelo en los dos tercios de su tamaño. Para ejecutarlo se cortan dos pedazos de tafetan ó de muaré antique azul Méjico, ó grosella, ó rosa de China, cada uno de 34 centímetros de largo y 2 y medio de ancho, contando con la costura, cuyos pedazos deben ensancharse gradualmente hasta tener 8 centímetros; estos se cosen uno con otro por sus lados estrechos, y se les pone un forro de muselina fuerte; se cosen tambien uno con otro los dos lados largos de cada pedazo, dejando hácia su extremo ancho una abertura de 6 centímetros. —Esta costura, que aparece por el derecho, se adorna con cuentecitas negras cosidas separadamente; los dos cabos cortados en punta se forran de terciopelo negro hasta el sitio en que están abiertos; su extremidad se adorna con cuentas negras, y si se quiere se



CORBATA ELVIRA.

© Biblioteca Nacional de España

borda con las mismas cuentas una florecilla sobre el terciopelo. La abertura lleva al rededor un encage negro estrecho, puesto plano, y despues, en su borde inferior, se le coloca un lazo de cinta negra muy estrecha, que reune las dos orillas de la abertura.

Cófia de tul de blonda.

El fondo se compone de un velillo en forma de

CÓFIA DE TUL.

toquilla, rodeado por un entredos y una blonda; la cófia se sujeta en la cabeza por bridas verde manzana anudadas en la nuca; completan la guarnicion bucles de la misma cinta.

Cófia de tul.

La guarnicion se compone de tiras de tul con un simple dobladillo, que forman rizados de pliegues dobles y que se colocan cuatro por detrás y seis por los lados; encima de la frente, estos rizados sobrepuestos son siete; una especie de garzota, compuesta de flores de felpilla negra y de plumas pequeñas tambien negras, va puesta en el lado derecho; los lazos son de cinta punzó.

Cófia de muselina.

El fondo es semejante al de la penúltima y

CÓFIA DE TUL DE BLONDA.

PELERINA DEL PEINADOR.

los rizados van dispuestos como en la última; estos se hacen con tiras de muselina adornadas de encage de Valenciennes muy estrechos; las cintas son escocesas, á cuadros verdes, blancos y encarnados.

Bata.

Nuestro modelo es de lana gris plata; el bordado, formando ramas de coral, se hace con felpilla fina de gris oscuro; la forma de la bata es la de un paletot-saco, al que dá el largo necesario un ancho volante; se cierra por delante hasta el volante por botones de pasamanería, y al rededor del talle se sujeta por un cordon.—Las mangas se guarnecen, como la pelerina, con un volante encañonado.

CÓFIA DE MUSELINA.

Peinador.

Este peinador ha de cautivar la atencion de nuestras elegantes suscritoras.

Los delanteros se cortan de una sola pieza con la enagua, y se pliegan en el hombro; las mangas, bastante anchas, se guarnecen con un volante encañonado; se cierra y se guarnece el peinador con botones, que van desde el cuello hasta los piés, y sujeta el talle un cordon.

Nuestro modelo es de alpaca color castaño dorado; el bordado es de seda blanca, verde y encarnada, á estilo escoces, que es lo que la moda va generalizando entre sus favorecedoras.

BATA.

PEINADOR.

© Biblioteca Nacional de España

LAS MUJERES DE NUESTRO SIGLO.

CARTAS DE TRES AMIGAS

RECOPILADAS

POR

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

(Continuacion.)

—Qué mania de llevar siempre cosidos á los chiquillos! decia Mariquita que no podia vivir sin regañar por todos.

—Si no los trajese, no vendria; contestaba Teresa.

—No vienen Simona, Juana y Catalina, y los dejan dormidos?

—Pues hija, yo no podria: si incomodan acá, no vendria yo tampoco.

Entonces una griteria unánime se alzaba en favor de los hijos de Teresa.

—Porqué le haces caso? decia uno.

—Trae á los chicos si viéndoles estás mejor, añadia otra.

—Esa nació rabiando!

—Ha de poner *peros* á todo!

—Si se casa, ¡pobre marido! decia Pascual.

—No me casaré, no; respondia Mariquita encarnada de ira: y eso por no llevar siempre los chicos como pendientes, ó encerrarme en casa, que es lo que se debia hacer cuando se tienen!

Los hijos de Teresa se criaron, pues, en las faldas de su madre, y los tres salieron modelo de muchachos de su edad; sobre todo, Feliciana fuente y en los huertos las hacian entrar las muchachas y las ancianas y les daban frutas; los labradores dejaban el arado para verlas correr: uno les ofrecia un pedazo de su pan negro: otro, un poco de arroz: otro, un trozo de queso: todo lo tomaban é Irene daba gracias con tanta dulzura y tan tierna y delicada expresion que cautivaba todas las voluntades.

Feliciana era un poco gruesa como una de esas frescas pastorcillas de Boucher: sus ojos azules eran dulces y alegres: sus cabellos peinados en un lujoso moño, eran rubios como el oro: era blanca y rosada, de megillas abultadas, redondas y frescas, de boquita acarminada con gruesos labios, que dejaban ver, al reirse, sus dientecillos blancos y sanos como apretada nieve: era una aldeanita de lo mas gracioso, florido y juguet on que pudiera imaginarse: su faldilla de percal de ramos dejaba lejos de reir, como los de la hija de Teresa, tenian una mirada triste y profunda, que se elevaba hácia el cielo, como si tuviese para ella mas atraccion que todas las cosas de la tierra: su frente despejada descubria un mundo de talento en su forma alta y abovedada; dos cejas finas, sedosas y dibujadas con maravillosa pureza sombreaban sus párpados de nevada blancura y orladas de largas pestañas de seda rizada; en sus megillas pálidas, pero frescas con el admirable satinado de la infancia, que se resiste á la misma enfermedad y que solo desaparece con las primeras lágrimas, habia dos blandos hoyuelos, como para atestiguar la suavidad y dulzura de su carácter.

Irene se sonreia con frecuencia, pero no se reia jamás: la ruidosa y pueril alegria de la infancia no la habia acompañado nunca y el *arado fatal del pensamiento* (1) habia trazado desde muy temprano el primer surco en aquel rostro infantil, tan plácido tan hermoso, tan suave, tan inteligente y tan triste.

El vulgo pasaba al lado de Irene sin ver en ella mas que una niña muy bonita, muy distinguida y muy delicada; pero los que sentian y pensaban hallaban un placer triste y mezclado de un asombro profundo contemplándola.

Era un ser tan superior á la humana naturaleza que no cabia en el mundo, y tan noble é inocente que podia creérsele un ángel que se habia dejado las alas en el cielo para hacerse igual á los mortales entre los que tenia que vivir.

Pero volvamos á Teresa y su familia, objeto principal de esta nota para dar á conocer la progenie de Feliciana, que ya tendremos lu-

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

VESTIDOS DE BAILE.—Trage de poult de seda color cereza; encima del dobladillo de la enagua va un volante encañonado, de 10 centímetros de ancho; los cañones, en número de 5, se interrumpen de trecho en trecho por un espacio liso, cubierto en parte por un cuadro de terciopelo negro rodeado de encage blanco, al que tambien cubre en parte un encage negro. Segundo trage mas corto de tul de felpilla negro y blanco; el borde de este trage va recortado á puntas grandes y *poco profundas, guarnecidas por un encage* blanco, cubierto en parte por otro negro. Corpiño color cereza, con cinturon de punta de tul de felpilla, estendido sobre el corpiño. Berta de tul de felpilla. Peinado compuesto de flores color cereza de felpilla, y de flores de avena, hechas de terciopelo negro.

VESTIDO DE SEÑORITA.—Trage de tafetan blanco, guarnecido por un bullon de crespon blanco, y sobre él un salpicado de estrellas de felpilla blanca. Segundo trage de crespon blanco, recogido en el lado izquierdo por una ancha cadena ó trenza de felpilla blanca; *corpiño escotado, mangas cortas. Peinado con ramas muy largas de rosas blancas,* cayendo por detrás.

ue es aquella suave y dulce niña, que escribia á Irene he Montalvan, la sencilla y encantadora carta que encabeza este libro.

Irene fué á Santa Cruz de Tovar, atacada de una enfermedad de languidez: su madre, amiga de una familia que poseia algunas tierras en aquel ameno rincon del mundo, fué allá á pasar un verano y quedó prendada de la dulzura y bondad de Teresa, de la honradez y formalidad de su madre y de la graciosa humildad de la niña Feliciana: así, no sabiendo qué hacer cuando los médicos mandaron á su hija los aires puros del campo, la llevó *allí*, y llamándola un negocio imprevisto á Madrid, no titubeó en dejar á Irene encomendada á los cuidados de Teresa.

Una tierna simpatía unió bien pronto á las dos niñas: todos los dias, al rayar el alba, la pequeña campesina despertaba á la infantil madrileña. Teresa les daba á cada una un vaso de leche caliente y se iban á correr por el campo.

Los pastores las conocian y les hacian ramilletes de flores silvestres; cazaban mariposas, bebian agua de la ver sus piés gorditos, pero cortos, calzados con medias de algodon azul y zapatos negros de cordoban: su diminuto jubon de indiana de cuadritos señalaba su pecho infantil, nevado y de alta tabla, sobre la que caia una sarta de corales: un pañuelo de pita, los dias de trabajo, y blanco los domingos y fiestas, completaba su atavío.

Feliciana sabia ordeñar las cabras, tejer calcetas, cuidar del puchero, y hacer medianamente algun zurcido; pero sabia además lo mejor que puede saber una niña de diez años: rezar muy bien el rosario, el trisagio, la estacion, la corona del Salvador y la de la Virgen; y ser *dócil*, humilde y cariñosa para todos; pero especialmente para sus padres y su abuelo.

Este estaba loco con ella: decia que era la única de sus hijas y nietas que se parecia á Lucía en cuerpo y alma.

Irene formaba con su amiga el mas perfecto contraste: era una flor bella y tan delicada que parecia muy difícil de conservar su frágil vida.

Mas alta que Feliciana, tenia su pura tez la blancura y transparencia del nácar: sus ojos grandes y rasgados, gar de hallar á Irene en la inmediata.

Algun tiempo despues de haber llegado Irene á Santa Cruz, murió la buena Isabel, madre de Pascual, y á quien toda la familia lloró como á una segunda madre: la afliccion de Pascual fué tan extremada que su mujer llegó á temer por su vida y solo el amor á sus hijos consiguió calmarla.

Quedaban solos Marcial, ya muy anciano, y Mariquita que aun estaba soltera, todos los hijos se disputaban al padre; pero todos los hermanos rehusaban á la hermana.

Esto era muy *natural atendido el carácter de aquella* jóven.

Jamás se la habia visto un dia entero contenta: de los pretextos mas fútiles sacaba motivos para estar de mal humor y era tal la irascibilidad de su carácter que ni su bueno y anciano padre se libraba de ella.

Conociendo Marcial lo que pasaba en el ánimo de sus hijos y cuanto temia cada uno que le tocase en suerte la

(1) Victor Hugo, Odas.

© Biblioteca Nacional de España

compañía de Mariquita, les persuadió de que era lo mejor que se quedasen en su casa los dos, puesto que Mariquita no era ninguna niña que no supiera cuidarle: ofrecióles que casi todos los dias los pasaria ya con uno, ya con otro, y que lo mas acertado era dejar las cosas del mismo modo que estaban.

De esta suerte, el pobre padre, siempre generoso y tierno, pudo evitar á un mismo tiempo el que Mariquita sufriese las reconvenciones de sus hermanos, y el que estos sufriesen los efectos del mal carácter de Mariquita.

Pero ¡ay! á qué suplicio tan cruel se condenaba á si mismo! Tenia miedo á la tiranía de su hija; ¡pero un miedo doloroso y que participaba del débil terror de la víctima y del sufrimiento del padre á quien se le falta siempre y de todos modos! En tanto en que vivió Isabel; esta habia sido su protectora; pero solo ya con su hija, únicamente debia resignarse á todos sus caprichos coléricos, á todas sus extravagantes injusticias.

¡Triste dominio el que ejercen los caractéres díscolos! Jamás será envidiado por ninguna alma buena: y para la mujer debe ser mil veces preferible el papel de víctima al de verdugo, cualquiera que sea su estado y su posicion.

VIII.

Un mes hacia apenas que se hallaba Irene en Santa Cruz de Tovar, cuando empezó á mejorar rápidamente.

Vistiéronse sus megillas de un lindo color de rosa y sus grandes y dulces ojos parecian reanimarse con raudales de luz.

Su madre volvió á su lado así que le fué posible y al ver á la niña alegre y sonrosada apenas podia creer á sus ojos.

—¿Qué es lo que ha hecho V. con ella? preguntaba á Teresa: jamás la he visto así y V. ha alcanzado mas que los médicos de mas fama!

—Pues señora, el médico no he sido yo, respondió Teresa: ha sido Feliciana y las medicinas han consistido en comer pan negro y migas con los pastores, en correr por el campo, en madrugar con el alba y acostarse con las gallinas: ya vé V. que no han podido ser mas baratas.

Mientras así hablaba la buena aldeana, Irene se habia desprendido de los brazos de su madre y se habia ido al corral con Feliciana.

Las gallinas y los pavos, creyendo que iban á darles grano, la rodearon cacareando las unas y las otros saludándola con estrepitosos graznidos; pero la niña, sin hacerles caso, se sentó pensativa en una vieja silla de madera que habia bajo el cobertizo.

Feliciana se acercó á ella y se apoyó en el respaldo, cubriéndose los ojos con el delantal.

—No te pregunto lo que tienes, porque lo sé; dijo Irene á su amiga con acento grave y tienes razon: no tardaremos á separarnos, querida Feliciana, pero no por eso dejaremos de querernos.

La aldeanita contestó solo con un gemido.

—Canastos! dijo una voz á la espalda de Irene: ya que nos la trajeron tan enferma, bien podian dejarla ahora que está buena, señorita!

Las dos niñas se volvieron y se hallaron con Benito el hermano mayor de Feliciana.

Era un muchacho de catorce años, alto y robusto, con grandes ojos negros y fisonomía grave y chispeante de inteligencia.

—Mamá necesita volver á Madrid, dijo Irene, y estando buena, ni ella querria dejarme aquí, ni yo tampoco querria quedarme, Benito.

El muchacho abrió la boca para responder; pero ni una sola frase salió de sus labios y bajó la cabeza como aterrado de lo que iba á decir.

Irene se volvió á Feliciana que no dejaba de llorar y le dijo tomándole una mano con ternura infinita:

—Hay un medio, querida Feliciana, para que hablemos apesar de estar separadas.

—Un medio! repitió Feliciana.

—Sí, amiga mia: el de que tú aprendas á escribir.

—Yo, Dios mio! Y quién ha de enseñarme? Aquí no hay escuela!

—Yo misma te hubiera enseñado, á no hallarme enferma; pero ya que no me es posible hacerlo, yo rogaré al señor cura que te enseñe y no dudo que lo hará siendo tan bueno: de este modo, sentiremos menos el dolor de la separacion y nos contaremos todo lo que nos suceda.

—Ay, señorita! exclamó Benito: V. no puede sentir el dejarnos! V. vá á Madrid, que dicen que es tan hermoso y que hay en él tantos coches y tanto lujo y tiendas que parece que están alumbradas por el sol! ¿Qué le puede importar el dejar esta pequeña aldea, donde no hay mas alumbrado que el de la luna, donde no hay señores, ni tiendas, ni nada? nosotros sí que sentiremos que V. se vaya, porque V. se llevará toda nuestra alegría! ¡Ojalá que nunca hubiera venido aquí.

—¡Benito! ¿Qué es lo que dices? exclamó Feliciana indignada: ¿con que te pesa que haya venido la señorita?

—Sí! respondió Benito: ¡como me pesa que el sol se anuble al medio dia! como me pesa que se deshoje la mejor rosa del huerto! como me pesa que se coman los gorriones la fruta sazonada! así me pesa que haya venido!

Benito, dichas estas palabras, se llevó los puños á los ojos y se alejó de allí para poder llorar á sus anchas sin testigos.

Feliciana queria de otro modo á Irene: su cariño tierno y profundo estaba en analogía con su carácter suave y activo al mismo siempo como el de su madre: el dia siguiente rogó al señor cura que le enseñase á escribir, á lo que el buen sacerdote accedió con el mayor gusto.

Pero aun se hallaba muy poco adelantado cuando salió Irene con su madre de Santa Cruz: ya se ha visto cuanto sintió toda la familia aquella separacion: casi habian llegado á persuadirse de que Irene era cosa suya y de que nadie ni nada podia arrebatársela.

No eran ellos solos los que sentian la falta de aquella niña encantadora: todo el pueblo lloraba su ausencia; tal es el prestigio de la bondad y los encantos de un buen carácter.

Los pastores buscaban muchas veces al bajar al llano, el vestido blanco de Irene: el señor cura se detenia á veces á la entrada del bosquecillo, creyendo escuchar su dulce voz: Pascual, durante muchos dias, al entrar conduciendo á sus yuntas en el patio de su casa preguntaba á su mujer:

—Han vuelto las chicas, Teresa?

Y el viejo Marcial decia que no dormia bien desde que no oia leer cada velada á la señorita Irene las oraciones de la noche.

A veces pasaba cantando un niño por delante de la casa de Pascual, y el gran perro Leon meneaba la cola y se levantaba dando ladridos de alegría creyendo que era Irene; pero el niño que cantaba comprendia el idioma del fiel animal y se detenia para decirle:

—¡Calla, Leon; que se ha ido.

En una palabra todos sentian la pérdida de Irene: Juan, gran comilon de migas, decia que no le sabian bien desde que no las comia con la señorita; y Benito aseguraba que la luna parecia triste, que las ranas no cantaban y que habian huido los ruiseñores del bosque desde que faltaba la señorita Irene.

Benito empleaba este lenguaje dulce y casi poético, porque sentia la falta de la elegante niña, de otro modo muy distinto que todos los demás: devorábale un afan interno á que no sabia dar nombre: á veces soltaba el escardillo con que su padre le hacia remover la mala yerba y se quedaba inmóvil largo rato: luego dos anchas lágrimas rodaban por sus megillas: no comia, no podia dormir, en mas de una ocasion su madre le vió dejar el lecho silenciosamente y apoyarse en la ventana mirando al cielo y buscando en él algo que ansiaba y que no sabia en medio de aquel dolor, á la vez terrible, desolador é inocente, de qué modo llamar algo que calmase aquella angustia inexplicable que desgarraba su corazon.

Benito buscaba en la tierra y en el cielo la sombra triste y hermosa de la enferma Irene.

FIN DE LA NOTA PRIMERA.

EN LA INAUGURACION
DE
LA ESTATUA DE MURILLO.

Triunfa España do quier: á sus guerreros
Valla no encuentra que oponer el mundo,
Sus damas y sus nobles caballeros
En porte y proceder no hallan segundo,
En las letras sus hijos los primeros
Brillan al par, y, con ardor fecundo,
Sus sábios, y sus místicos doctores
Señálanse entre todos por mejores.

¿Y á impulso el Arte de tan alta gloria
La suya no acrecienta? ¿En sus anales
No registra por dicha nuestra historia
Nombre alguno de Artistas inmortales
Que á España dando aún nueva victoria
Superáran tambien á sus rivales,
E hicieran que rayase el Arte hispano
Donde nunca alcanzar logró el pagano?

Sí, los registra; y en el sacro templo,
Y en la adorada imágen de María,
Y en el lienzo sublime, raro ejemplo
Y alta muestra se ofrecen á porfía,
Que con ardiente admiracion contemplo
Y en honra ceden de la Patria mia,
Del genio que en el Arte revelaron
Los que dos hemisferios sojuzgaron.

¡*Qué*, mucho, *oh Escorial, que al mundo asombres*
Con la pompa y beldad que en tí se encierra,
Si la gloria *del Arte y de los hombres*
Halla *padron* en tí *sobre la tierra*!
De San Quintin y Herrera tú los nombres
Haces por siempre amar, y áun en la sierra
A cuyo pié te ostentas, ver al claro
Filipo, de la Fe sosten y amparo.

¡Qué mucho que la estátua bendecida
De la Reina eternal de tierra y cielo
El sentido suspenda, si es debida
A Montañes insigne, que en el suelo
Copiar logró con mente embebecida,
Y ardoroso cincel, y santo celo
La cándida expresion, las perfecciones
De Aquella en que agotó el Señor sus dones!

¡Qué mucho, en fin, que Zurbarán, Morales,
Y Pacheco, y Velazquez, y Castillo,
Y Moya, y Cano, y los en nombre iguales
Al cantor de Lepanto, nuevo brillo
Den, cual Valdés, con lienzos inmortales
A la Patria! ¡Qué mucho que Murillo
En éxtasis divino huya del suelo
Y el nombre alcance de *Pintor del Cielo*!

Del Cielo, sí, porque jamás su idea
Cruzó del mal el pensamiento impuro:
Del Cielo, sí, porque la luz febea
Es á sus tintas como lampo oscuro:
Del Cielo, sí, que quien gozar desea
De la mansion del justo y su bien puro,
Sus cuadros contemplando se extasía
Y cual él faz á faz mira á María.

Tanto alcanza la Fe, débese tanto
A su divino influjo, al alto vuelo
Que hácia lo grande, lo sublime y santo
Imprime siempre á quien con vivo anhelo
Pospone todo terrenal encanto
A los goces purísimos del Cielo,
Y creyente y sencillo á ella se entrega
Con blando amor y confianza ciega.

Así del gran Murillo el nombre dura
Y sus obras do quier préciense tanto:
Tiénese así por sin igual ventura
A Dios dar muestra de respeto santo
De su mano ante célica pintura;
Y tal es su atractivo, y tal su encanto
Que áun al que solo vé la forma en ellas
Le admiran y suspenden por lo bellas.

Yo, donde el Sena la Ciudad famosa
Metrópoli del Mundo humilde baña,
En torno he visto de la Madre hermosa
Del Salvador, que patrocina á España,
Y que con hábil diestra y amorosa
Pintó Murillo egrégio, con extraña
Inquietud, no ya un pueblo congregarse,
Mas cien y cien ansiosos agolparse.

Allí el Británo, de su gran riqueza
Cual nunca envanecido, el Moscovita
Allí tambien, depuesta la rudeza
Que un tiempo señalara al fiero Escita;
Allí, en fin, cuantos muestra de grandeza
Pretenden dar, y á quienes hondo excita
El vivo afan de poseer la santa
Imágen que mi labio ardiente canta.

De Sevilla arrancada en hora triste,
No en franca, y noble, y generosa guerra,
Mas cuando España con valor resiste
A aquel que en buena lid domó la tierra
Y á ella tan solo con doblez embiste
Porque ella solo su denuedo aterra,
Orna en París soberbia galería
Que del dueño la muerte deshacia.

¡Oh, si el dolor con su acerado diente
Mi español corazon no destrozára,
Al contemplar entonces que la ingente
Joya acaso por siempre abandonára
El suelo que la vió brotar rïente
Al golpe del pincel que la trazára,
Cuánto gozado hubiera el alma mia
Al verla objeto de tenaz porfía!

La lucha empieza, y el amor al Arte,
El propio amor, de las naciones varias
Los mútuos celos, y el que mueve á amarte
Íntimo impulso, oh Vírgen, mas contrarias
Que pudo un tiempo el fabuloso Marte
A opuestas gentes que le rinden párias,
Hacen á los entonces allí unidas
Y dieran por triunfar sus propias vidas.

Por el lienzo bellísimo una suma
Ofrécese con ansia generosa,
Multiplícase en breve, y como espuma
Crece, y á cifra llega portentosa,
Acaso ya obtenerlo hay quien presuma,
Mas dobla otro la oferta, y rumorosa
La inmensa turba en el estrado suena
Y en voz de asombro los espacios llena.

Rusia, un Prócer británo, y el que lleva
La voz y el cargo del francés Museo
Quedan solos al fin, y en lucha nueva
El lienzo se arrebatan; su deseo
De adquirirlo harto mas el precio eleva,
Vence al cabo el Francés, y apenas creo
A mis propios oidos cuando hiere
La cifra en ellos porque el cuadro adquiere. (1).

(1) En la subasta que hará época en los fastos del Arte de los cuadros, casi todos españoles, que formaban la célebre galería del mariscal Soult, efectuada en París en 1852, y en la cual tomaron parte hasta naciones, representadas por comisionados especiales, fué adjudicada al de Francia conde de Nieuwerkerke, director de sus museos, la Concepcion, de Murillo, que hoy se admira en el salon cuadrado del del Louvre, en la enorme suma de 615.300 francos ó sean 2.338.140 rs., inclusos ciertos derechos. Esto despues de una lucha empeñadísima, en la que vinieron á quedar por último como contrincantes del comisionado del gobierno francés, un representante de Rusia, y el ilustre inglés, lord Hertford.

© Biblioteca Nacional de España

¡Honor, honor eterno al que proclama
De sus pintores príncipe Sevilla!
Himnos alcemos hoy, que ya á su fama
Monumento se eleva donde brilla
Su estátua colosal y el pecho inflama,
Y al recordar sus obras, su sencilla
Y plácida existencia al hombre amemos
Y al Artista, al creyente veneremos.

SEVILLA. FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA.

LA FELICIDAD DE LA RIQUEZA,

POR

ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

—¡Trinidad, me estás atormentando sin motivo; aunque mi padre fuera rey, no por eso dejarias de ser mi esposa. Mi madre misma no tiene otro deseo.

—¡Vuestra madre, que ha hablado con tanto desprecio de mí!

—No importa, la riqueza puede cegar un instante... pero mi misma madre me ha enviado cerca de vos, y no hace diez minutos que exclamaba: «Rica ó no, Trinidad será mi hija.»

La jóven, palpitante de esperanza, fijó sus ojos húmedos en los de su prometido y murmuró:

—¡Dios mio, podria aun madama Smet ser mi madre! ¡Así pues, se alejaria la muerte que ya me amenazaba, y aun podria ser dichosa en este mundo! ¡Pablo, Pablo! ¡Ah, no me engañeis!...

En este momento el zapatero entró en el cuarto; se veia que acababa de dejar su tarea, pues aun tenia en la mano el tirapié.

Clavó en el jóven una mirada severa y dijo:

—M. Smet, me sorprende que aun os atrevais á venir á mi casa. Somos pobres y valemos poco, pero somos honrados, y cada cual es rey en su domicilio. Quizás no teneis la culpa, pero no le hace; retiraos y olvidad en donde vivimos, ó si no...

—¡Oh! mi querido padre, no os enfadeis, exclamó la jóven; las cosas no son como os figurais...

—Vuestros parientes obran perfectamente, repuso el zapatero con tono irónico; en tanto que fueron simples artesanos como nosotros todo iba á las mil maravillas, pero hoy que van á heredar algunas toneladas de oro, seria un grande escándalo, Pablo, si os casárais con una jóven que nada tiene, con la hija de un miserable remendon. Pero este remendon posee sin embargo un corazon en su pecho, y no tolerará que en lo sucesivo mireis á su hija. Id pues á las calles anchas y hermosas, donde no podreis menos de hallar una señorita de vuestra condicion.

—Sois cruel é injusto, balbuceó el jóven con tristeza. Mi madre me envia aquí para que la excuse con vosotros sobre algunas palabras que ha pronunciado: no lo hizo con intencion, y os suplica tengais la bondad de olvidar lo que ha sucedido.

—No, no, respondió el zapatero, las cosas no se hacen así; públicamente ha manifestado su desprecio por nosotros... y lo repito, Pablo, no volvereis á poner los piés en nuestra casa. No somos ricos, pero sin embargo, no se dirá que nos dejamos insultar impunemente.

—¿Y si mi madre viniese aquí y os declarase que no habia tenido mala intencion?

—Entonces, eso podria significar alguna cosa.

—Pues vendrá, voy á buscarla.

—La he visto salir hace un instante, observó el zapatero.

—Así que esté de vuelta iré á pedirla que venga á hablaros.

—No, no, Pablo, no podeis permanecer aquí y quiero que no volvais si no es acompañado de vuestra madre. Los vecinos están reunidos todos delante de nuestra puerta. Vamos, vamos, si las cosas son como decis, todo se arreglará con facilidad, pero por ahora os pido que nos dejeis.

El jóven se dirijió hácia la puerta, pero al salir dijo á la jóven:

—Trinidad, nada temais, poneos alegre, que ya se arreglará todo. No tardaré en volver con mi madre.

Cuando Pablo entró en su casa halló á su padre sentado delante de la mesa. El pobre hombre estaba pálido y tenia el aire muy abatido; sus ojos cansados por la velada nocturna estaban apagados.

—Pablo, ¿porqué te veo tan encarnado? le preguntó un tanto sorprendido.

—Padre mio, respondió el jóven, he ido á ver á Trinidad, y la he hallado sollozando y llorando de tal modo, que mi corazon se despedazaba. El zapatero quiso echarme á la calle, pero la cosa se *gobernó*. ¿*Estais indispuesto* aun, padre mio? ¡qué palidez! ¿Voy á buscar al médico?

—No, no, se ha concluido, no ha sido mas que una ajitacion nerviosa. ¿Pero cuál era la causa de la pena de Trinidad? ¿Porqué se enfadó contigo el zapatero?

—No lo sé bien; mi madre ha debido decir en la tienda que Trinidad no era digna de entrar en nuestra familia... y sobre esto... ya podeis comprender, se ha enfurecido. Pero ahora todo está corriente, y cuando vuelva madre iré con ella á casa del zapatero para que tornen las cosas al estado que antes tenian.

—¡Tu madre! Tu madre hará al *fin nuestra desgracia*. No sabe dominar su orgullo, y charla como si tuviéramos que recibir millares de florines.

—Tres toneladas de oro, padre mio. Cuando he vuelto hace un instante de casa del zapatero, Anita me preguntó desde su tienda de verduras, si era verdad que además del oro teniamos que heredar no sé cuántas casas y navíos.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo el deshollinador con una voz quejumbrosa, es una desgracia. Gracias á las habladurias de tu madre, ya no podremos dormir tranquilos; todos los ladrones fijarán los ojos en nuestra casa. ¡Dios sabe cuántas tramas no han urdido ya para introducirse y robarnos... y asesinarnos quizás á la primera ocasion que encuentren!

—Eso es verdad, padre mio. Parece que todo el mundo habla de esa sorprendente herencia.

—¡Sorprendente herencia! repitió el deshollinador pasándose con desesperacion la mano por el pelo. ¡Ah! Pablo, falta mucho para que haya lo que dice la gente.

—Sin embargo, debe haber bastante, padre mio, tres toneladas de oro!

—Pero los vecinos se han vuelto locos.

—Pues bien, aunque no haya mas que una tonelada...

—No, no, se trata de una fortunita modesta que no dará mas que para vivir con economía.

—¿A quién voy á creer ahora? Mi madre habla de una gran casa en el mercado, de sombreros con plumas, de criados y criadas y de tantas cosas que á la verdad he creido que íbamos á vivir en una montaña de oro.

—Tu madre nos pondrá en la miseria, exclamó Smet con ira y amargura. Pero ya verás... quiero que aprenda que soy el amo, y si ella no se conduce como es debido la planto en la calle. Sí, sí, no me mires con esos ojazos, la planto en la calle y aplastaré á mis piés su sombrero y haré añicos su vestido de seda... Y tú tambien, ¿qué llevas al cuello, derrochador?

—¡Ah! ya lo habia olvidado, respondió Pablo quitándose y arrojando lejos de sí su corbata de seda; mi madre me la ha puesto á la fuerza, pero cuantos menos de estos trapos de colores lleve encima será mejor.

Pablo habia dado un paso hácia atrás y miraba con triste sorpresa á su padre, que abatido de nuevo apoyaba su cabeza en sus manos y contemplaba la mesa con silencio sombrío.

Al cabo de un instante Pablo repuso con un tono casi irritado:

—Quisiera que la herencia estuviese no sé dónde. No *hemos nacido para ser ricos... la riqueza* nos atormenta... ¿Creeriais, padre mio, que yo preferiria seguir siendo pobre á pasar una vida así?

—No deseches la pobreza, hijo mio, repuso el deshollinador suspirando. Si tu madre no se enmienda, la miseria vendrá y muy pronto..

Y el tono de su voz era tan extraño y lastimero, que el jóven le miró atónito y dijo con inquieta ansiedad:

—Pero, padre mio, estais enfermo, muy enfermo...

—No tengo nada, estoy un poco cansado, respondió el deshollinador con voz débil.

—¿Cómo así? ¿Tanto os ha cambiado el dinero? Teneis los ojos *desencajados, las megillas pálidas* y la *voz demudada*... ¡Ah! Y antes estábais siempre tan alegre, cantando desde por la mañana hasta por la noche; toda palabra que salia de vuestra boca hacia reir. Conozco que el dinero es enemigo de la alegria, pues yo tambien doblego á veces la cabeza sobre mi pecho, y un no sé qué principia á roerme el corazon...

—Sí, hijo mio, murmuró el deshollinador, hay algo de verdad en lo que dices, y sin embargo, ¡es tanta ventaja ser rico!

—Lo dicen así, repuso Pablo con ironía. Desde que se trata de esa maldita herencia no he oido aun mas que regaños y quejidos.

—Tu madre tiene la culpa de todo, dijo Smet con acritud, su rabia por gastar causa mi tormento. Mira, ahora acaba de salir en busca de una criada, y diciendo que no la tomará si no ha servido en casa de una señora. Yo me opuse, pero ¿de qué me ha servido? ¡Gente extraña en mi casa! Figúrate, no pegaré los ojos.

—Pero ¿porqué teneis tanto miedo de todo, padre mio? Si hubiésemos recibido la herencia y tuviésemos en casa mucho dinero, lo comprenderia...

La puerta de la calle se abrió en este instante y entró una persona, cuya aparicion cortó á Pablo la palabra.

Era un jóven *lacayo de casa grande con un sombrero* galoneado de oro y una casaca vieja de librea, en la cual habia como un saco, y cuyas puntas le daban en los talones. Tenia el cabello rojo y una cara gordinflona que denotaba una extraordinaria torpeza.

A su entrada miró con estupefaccion por el cuarto, y se dijo en alta voz:

—¡Las gentes de la ciudad no piensan mas que en burlarse de uno! me he equivocado, pero preguntaré...

—¿Qué significa eso? preguntó Pablo.

—Es que no estoy donde deberia estar. Las mozas de la calle me han engañado en las señas. Tengo que ir á *casa de la señora de un deshollinador que ha heredado* de repente tantas toneladas de oro y navíos.

—Es aquí.

—¡Aquí, aquí en esta casa! Imposible, dijo el lacayo.

—Si no quereis creerlo, idos pronto y dejadnos en paz.

—Si es aquí, repuso el aldeano, debo decir porqué he venido. Yo estoy en casa de la señora van Steer, y la señora en cuestion vino á buscarme detrás de mis vacas y me dijo que llevaria una vida de señor... porque no podeis figuraros cómo me tratan. Llueven sobre mi bofetones y puntapiés. Desde que agarré el rabo del gato con *la puerta y prendí fuego á las cortinas de la ventana, mi* ama no puede sufrir mi presencia. En cuanto me mueve me llama burro, imbécil, estúpido aldeano y otras palabras por el estilo de la gente rica... sin duda lo habreis experimentado lo mismo que yo... He oido decir que la señora de esta casa deseaba tener un criado para que se subiera detrás de su coche y para que llevara su manguito ó su devocionario. Además de esto, yo lo sé todo, y cuidar los caballos tambien. Sois sin duda el palafrenero, y ese quizá el cochero de la señora... Recomendadme a ella, que ya nos entenderemos nosotros para pasarlo bien...

Pablo miró á su padre con una sonrisa irónica, pero el deshollinadar entró al punto en un arrebato de ira. Saltó de su asiento con el puño tendido hácia el lacayo, y exclamó con voz tonante:

—Sal de mi casa, tunante; sal pronto, ó te arrojo de aquí á pescozones.

Y como se adelantara hácia el criado haciendo un ademan que prometia realizar su amenaza, este retrocedió hácia la puerta diciendo con espanto:

—Vamos, vamos, no me mordais, yo nunca os he hecho nada.. Estos señores de la ciudad, yo creo que todos están tocados.

Y dichas estas palabras, cerró la puerta en pos de sí y se retiró.

Sin embargo, la puerta no tardó en abrirse de nuevo.

Era madama Smet, que al entrar lanzó á su marido y á su hijo miradas irritadas.

—Pablo, murmuró el deshollinador pálido de ira, me voy arriba, pues conozco que no debo tocar á esa mujer... habria una desgracia...

Y al decir esto subió la escalera murmurando.

—Pero ¿qué otra tenemos? preguntó la mujer con voz ágria.

—¡Oh! Nada, madre mia, respondió el jóven. Ha venido un estúpido aldeano que querria entrar á servir aquí y le hemos echado; si alguna vez tomais un lacayo, que sea hombre presentable.

—¿Y no es mas que eso? Al ver la cara de tu padre se me figuró que otra vez habian sobrevenido terribles sucesos.

Pablo la tomó la mano y la dijo con voz suplicante:

—Madre mia, ¿puedo pediros una cosa?

—Lo que quieras.

—He ido á casa de Trinidad... Si la hubiéseis visto habriais llorado, parecia que la pobre jóven estaba á la muerte... os suplico que vayais á su casa á decirla que no estais incomodada contra ella... y yo que conozco vuestro buen corazon, he prometido que lo haríais.... Venid, madre mia, venid.

—¡Pícaro! dijo la madre sonriendo; ¿quién podria negarte algo?

Pablo salió al pié de la escalera y gritó:

—Padre mio, voy con madre á casa del zapatero, y estaremos luego de vuelta.

Y con el rostro radiante de alegría arrastró á su madre fuera de la casa.

V.

Como si el tesoro descubierto hubiese sido un demonio celoso que habia tomado aquella forma para atormentar al deshollinador, la casita donde antes reinaba una alegria tan franca, se trasformó en un infierno de discordias y de pesares.

Madama Smet (que así se hacia llamar por los vecinos) habia recibido al cabo de algunos dias sus vestidos nuevos y su sombrero de seda.

De piés á cabeza estaba envuelta en raso y terciopelo; llevaba oro en el cuello, en el pecho y en las manos.

Vestida y adornada de esta manera como una señorona, se iba por la poblacion sin aturdirse en lo mas mínimo *cuando veia que* todo el mundo se detenia á su paso y que la señalaban con el dedo.

Al contrario, esta atencion general fija en su persona la era agradable y lisonjeaba su orgullo.

Muy á menudo se la veia en las cercanias del puente de Meir y del mercado de los Huevos, donde se encuentran las mejores tiendas de modas; y allí compraba algunos objetos y charlaba durante horas enteras acerca de su tia de Holanda y de sus proyectos de poner una casa tan hermosa y tan rica como la de una de los nobles mas principales.

Todos los dias y á todo el mundo preguntaba si no conocian *una buena doncella, una cocinera, un cochero*, un palafrenero ó un lacayo, y pedia consejos sobre el color que se debia preferir en los caballos que pensaba comprar, y decia que no se podia habitar en la plaza de Meir, porque pasa una alcantarilla por la calle.

Por este motivo habia resuelto ocupar una casa con puerta cochera en el mercado de Santiago, y como los dueños no querian vendérsela, se limitaria á tomarla alquilada hasta que se presentara otra cosa.

Despues de haber mostrado su persona en toda la ciudad se volvia á su casa, teniendo buen cuidado de no pasar dos veces seguidas por el mismo lado de su calle. *Gracias á esta precaucion*, todos los vecinos podian verla y admirarla.

A cada uno de sus conocimientos dirijia un grave y benévolo saludo; llamaba á ciertas mujeres por su nombre familiar, prometia á todas su proteccion y su favor, pero lo hacia con tanta altivez, que las gentes que eran objeto de sus atenciones se irritaban con la orgullosa y vana mujer.

El deshollinador era el hombre mas infeliz del mundo. Sabia que el tesoro no era inagotable, y murmuraba desde por la mañana hasta por la noche contra la prodigalidad de su esposa, en tanto que esta le llamaba *mezquino y gruñon*, y *aseguraba que estaba declarando su* origen con aquellas cosas.

© Biblioteca Nacional de España

Además, el dinero era de ella y no de él, por lo tanto ella podia hacer lo que le acomodara. No queria vivir como las personas que miran mucho un florin antes de gastarle, y si él queria estirar los ochavos y carecer de todo por avaricia, ella sabria demostrar el uso que debe hacerse de la fortuna.

A todo esto el deshollinador se ponia furioso, y pedia con empeño la llave del armario; y su esposa olvidando la dignidad de su condicion se plantaba con los brazos en jarra, y dirijia al pobre hombre un diluvio tal de amenazas y de injurias, que con las lágrimas en los ojos él subia las escaleras refunfuñando.

Otras veces era peor aun, habiendo habido una ocasion en que se llegó á las vias de hecho. Despues de una provocacion prolongada, el deshollinador puso su puño con poca dulzura sobre el hombro de su orgullosa mitad; pero Madama Smet exasperada, dió un salto y arañó con sus uñas la cara de su marido.

En este punto se hallaban las cosas, y los dos esposos se miraban de tan mala manera y estaban tan irritados el uno contra el otro, que toda reconciliacion habia venido á ser imposible.

Pasaban dias enteros sin decirse una palabra, y si por casualidad se dirijian la voz el uno al otro, no era mas que para proferir palabras duras.

Madama Smet se habia empeñado en alquilar la casa del mercado, y su marido aseguraba que no se mudaria. De este disentimiento resultaban á cada instante largas y vivas contiendas, tanto que ya la mujer habia amenazado con acudir á la justicia para pedir el divorcio.

Pablo, el alegre jóven, habia perdido su ánimo. Aquellos eternos altercados entre sus parientes le afligian sobremanera, pues por ligero que fuese en sus palabras, tenia un corazon suave y afectuoso.

Ya no se le escapaba ninguna agudeza, y cuando todavía trataba de bromear, no podia lograrlo; en el sonido de su voz habia tristeza y amargura.

(Se *continuará*.)

REVISTA DE CADIZ.

Se ha puesto en escena la *Semiramis* de Rossini. Por ella vamos á principiar nuestra crónica de hoy.

Habrá cosa de treinta y seis ó treinta y siete años que se egecutó esta ópera en Cádiz por primera vez. El inmenso éxito que entonces alcanzó se explica fácilmente, así por el mérito notabilísimo de su música como por la nunca vista magnificencia con que se decoró hasta en sus mas insignificantes pormenores. No ha habido antes ni despues ejemplo de un lujo igual, no ya en este teatro, sino quizá en otro alguno de su especie: trages, decoraciones, aparato escénico, todo llamó vivamente la atencion de propios y extraños, y no fué esta circunstancia por cierto la que menos contribuyó para que se recibiese con aquel entusiasmo, cuyo recuerdo en unos, cuya tradicion en otros se ha conservado hasta hoy.

Esto tenia lugar en los tiempos en que la Ercolina Bressa estaba en todo su apogeo, y aunque no pueda decirse hoy que fuese una alta notabilidad filarmónica, siempre era lo mejor que en su género se habia oido en nuestros teatros en aquella época, y además su graciosa figura, su elegancia, su arte y sus buenas condiciones de actriz, le conquistaban el favor del público á términos de ser una artista mimada, una artista en la que todo parecia bien.

El papel de Asur estuvo por entonces á cargo de Mombelli, cantante de mas gusto y saber que medios, y excelente actor. Sin embargo, Mombelli era tenor; lo cual quiere decir que no pudo cantar su parte tal como estaba escrita; pero como la ópera no se habia oido nunca, no se echó de ver semejante circunstancia, y Asur alcanzó un verdadero triunfo.

Haremos notar además, como medio de explicar la fama legada por esta ópera á la generacion de hoy, que en aquella época la música de Rossini era el pasto habitual, y pudiéramos añadir el único, con que se alimentaba la *aficion á la ópera italiana*, puesto que aun no habian comenzado á darse á conocer Bellini ni Donizzetti, ni mucho menos por consiguiente Verdi. Los públicos, por tanto, estaban acostumbrados á saborear aquella música, y gozaban tanto mas cuanto que no habian oido otra que pudiese rivalizar con ella.

Esta es la historia de la primera aparicion en Cádiz de *Semiramis*, la cual hace algunos años volvió á presentarse en nuestro teatro, ejecutada por la Montenegro, la D'Angri y el bajo Gassier; tres nombres que sin duda valen mas en el mundo filarmónico que lo que valian los de la Ercolina, la Jullien y Mombelli; y sin embargo, esta vez el éxito de la produccion fué incomparablemente menor que la primera.

Se hacia pues preciso que viniese á cantarnos el papel de la protagonista de esta ópera toda una Sra. Penco para que la juventud actual comprendiese el valor de esa magnífica creacion del *cisne de Pésaro*, para que apreciase é hiciese justicia á esas sentidas notas que hicieron la delicia de sus padres. Esto es en efecto lo que ha sucedido. La gran artista ha cantado como sabe cantar, ha expresado con ese sentimiento que le ha conquistado un nombre ilustre, y que tan maravillosamente desenvuelve en las situaciones de empeño, como por ejemplo en su escena con Arsace, donde ha arrebatado á los espectadores. Nosotros, nada hemos oido nunca que nos haya producido una sensacion tan profunda, que nos haya hecho sentir mas.

En este bellísimo duo estuvo tambien excelente la Sra. Dory: no lo extrañamos, porque fuera de lo mucho que vale esta artista, obraba en ella además en aquel momento el poderoso aguijon del estímulo. Así fué que ámbas cantantes compartiesen los innumerables aplausos que en esta pieza recibieron, concluida la cual fueron llamadas hasta cuatro veces á la escena. No menor éxito alcanzó la Sra. Penco en su cabalina, que cantó con esa ternura, con ese exquisito gusto y con esa agilidad de garganta que la caracterizan.

Varias piezas de la ópera han sido acojidas sin embargo con el silencio, varios trozos han parecido un tanto pesados, y eso que algo se ha suprimido; no lo extrañamos, pues, entre otras razones, hay la de que el corte de esta produccion se diferencia del que hoy han puesto en uso los que despues de ella han escrito, lo cual ha creado en el público un gusto diverso. Las óperas de hoy son mas ligeras, y no constituyen ya grandes repertorios de música como le sucede á la *Semiramis*.

A la fecha en que escribimos ignoramos aun cuando podrá ponerse en ejecucion *La muda de Pórtici*, que para breve plazo se anunciaba. La enfermedad del Sr. Butti, que á peticion del público hubo de retirarse de la escena por esta causa la última noche de *Lucia*; debe forzosamente entorpecer el órden de los trabajos, y retardar por un tiempo mas ó menos largo la representacion de dicha ópera. Por humanidad, por simpatía hácia el Sr. Butti, y por el propio interés del público, desea este que dicho apreciable barítono se halle pronto en aptitud de volver á sus tareas artísticas, y tanto mas cuanto son contados los dias que debe permanecer en nuestro teatro la Sra. Penco, en alguna de cuyas óperas tiene papel el expresado cantante.

Antes de terminar esta parte de nuestra revista, diremos que la orquesta nada ha dejado que desear. La magnífica obertura de *Semiramis* fué tocada con una precision, con un claro oscuro admirables. El público, despues de terminada, saludó con una triple salva de aplausos á aquellos inteligentes profesores y á su distinguido director el Sr. Bonetti.

Capítulo de otra cosa.—Acaba de salir á luz la *Guia de Cádiz* correspondiente al año que corre, y que es el décimo que se publica por el Sr. Rosetty. Comprende además esta al Puerto de Santa Maria, San Fernando, y Departamento de marina, y trae tambien por via de introduccion una reseña histórica y estadística de todos los pueblos de la provincia, segun acostumbra hace algunos años.

Este libro no es ya solo una necesidad para Cádiz y los pueblos de que mas especialmente se ocupa; es además un manual curioso y utilísimo para los forasteros, y mas particularmente para que aquellos que se proponen visitar y conocer la provincia, puesto que, segun llevamos dicho, tienen en él cuantas noticias puedan necesitar relativas á cada pueblo.

Cuando se pára la atencion en las dificultades que ofrece una empresa semejante, cuando se considera que aunque en la parte oficial se cuente con la buena voluntad de las oficinas no sucede siempre lo mismo con cada individuo de por sí, se comprenderá toda la fuerza de voluntad, toda la constancia que se necesita para averiguar, para inquirir, para estar al tanto de las mil alteraciones que el movimiento de la poblacion produce en un año entero.

El llevar á cabo una obra de esta especie requiere una especialidad, y el Sr. Rosetty es una especialidad en efecto. Por eso acaso no alcanzaron fortuna los que antes que él se habian lanzado á probarla en la confeccion de este trabajo, y por eso pudiera repetir el señor Rosetty aquellos versos con que termina el gran Cervantes la maravillosa historia de las locuras del héroe manchego:

Tate, tate, folloncicos,
De ninguno sea tocada;
Porque esta empresa, buen rey,
Para mí estaba guardada.

Para cerrar la revista de hoy vamos á dar una importante noticia. Han comenzado las corridas de toros. Temprano es; pero hay que tener en cuenta que este no es mas que el prólogo del drama.

Los toros tienen su época como todas las cosas, y esta época no es ciertamente el mes de Enero. Sin embargo, así como hay frutas de invernáculo, que maduran fuera de tiempo, así tambien puede haber toros de invernáculo.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

ADVERTENCIA.

Con mucha frecuencia acontece que nuestras suscritoras nos pidan les demos en los patrones determinadas letras para marcas, pero como no es posible adivinemos ni su especial gusto ni las dimensiones que mejor llenen el objeto á que aquellas se destinan, hemos arbitrado un medio que todo lo concilia, y es el de ofrecerles un patron compuesto todo de alfabetos de distintos caractéres, diversamente adornados, y con gran variedad en los tamaños de las letras. De este modo cada cual elegirá á su placer lo que mas convenga á su deseo.

Este patron es el que con el número de hoy distribuimos, seguros de que en ello verán nuestras constantes favorecedoras una nueva prueba del interés con que nos consagramos á cuanto pueda serles útil y agradable.

Explicacion de la estampa iluminada de sombreros.

SOMBRERO DE TERCIOPELO NEGRO. Una drapería de terciopelo rosa sujeta en el lado derecho un copo de plumas negras; diadema compuesta de rizados de encage negro, de frutos negros, de yerbas de muchos tonos de color, mezcladas con hebrillas de plumas de pavo real; rizados de blonda blanca junto á los carrillos; bridas de terciopelo negro.

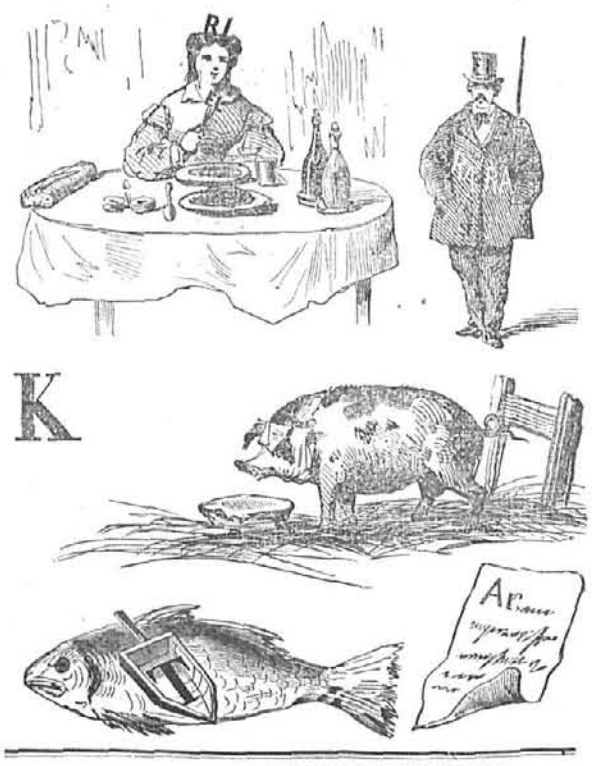
SOMBRERO DE TERCIOPELO NEGRO con el ala acanalada, y con el fondo caido hácia atrás, de raso blanco; bavolet de terciopelo negro: el fondo vá adornado con un copo fruncido de raso blanco y un lazo de terciopelo azul, sujetando un ramo de flores mezcladas. Borde de terciopelo azul por dentro del ala; diadema de flores mezcladas; bridas de terciopelo negro.

SOMBRERO DE TERCIOPELO GROSELLA. Borde y bavolet de blonda blanca, medio cubiertos por un encage negro; diadema de frutos negro; y de flores de terciopelo grosella, plumas blancas y garzota negra y blanca sobre el ala; bridas de tafetan blanco medio cubiertas por una barba de encage negro.

CAPOTA ACANALADA DE RASO NEGRO. Bavolet de raso blanco, cubierto por un encage; escarapela de terciopelo violeta, sujetando sobre el ala un ramo de plumas negras; por dentro copos de flores de avena de terciopelo negro mezcladas con yerbas enrojecidas; bridas de raso negro.

SOMBRERO DE TERCIOPELO RAYADO BLANCO. Borde y bavolet de terciopelo verde claro; el ala y el bavolet van guarnecidos de blonda blanca terminada por un fleco de felpilla blanca; plumas verde-claro en lo alto del ala; bridas de tafetan blanco.

GEROGLIFICO.



EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

Levey Imp. Paris

© Biblioteca Nacional de España